

De reyes filósofos

El zócalo, en la franja inferior de la pantalla de televisión, arrojaba resultados sorprendentes: la elección a gobernador de Santa Fe estaba siendo ganada por Miguel Torres Del Sel quien, seguido de cerca por el socialista Bonfatti, superaba por una amplia ventaja a un justicialismo provincial desgarrado. Minutos más tarde, Rossi se dirigió, en tono correcto y civilizado, a sus colaboradores y militantes. El candidato asumió la responsabilidad de la derrota, felicitó a los ganadores de los comicios y destacó la necesidad de seguir por el camino de la política, que él reivindica y reivindicó toda su vida. Como bajo fondo, por momentos detrás de su discurso y por momentos interrumpiéndolo, se escuchaban los tradicionales cánticos militantes justicialistas, componente esencial de la liturgia partidaria. Uno de ellos, en particular, me llamó a la reflexión. Decía: “No queremos un partido, un partido liberal, queremos un movimiento, nacional y popular.” Interpreté aquellas estrofas como la refutación militante de los argumentos elitistas esgrimidos estos días por algunos referentes nacionales de la política, el arte y la cultura. Me refiero a quienes, en lugar de realizar una autocrítica reflexiva en torno a la derrota, achacan la responsabilidad del fracaso a la presunta equivocación de los votantes.

Se me ocurren dos interpretaciones posibles sobre la intencionalidad de este tipo de argumentos. La primera, la más bondadosa, es considerarlos como un error motivado por pasiones políticas individuales. Esta interpretación, que acepta una dimensión pasional “futbolística” de la política, reduce la gravedad del fenómeno: después de todo, nadie se pone a evaluar el “autoritarismo” y la “intolerancia” del discurso del “Tano” Pasman, porque en general se lo considera, con simpatía, como una buena persona apresada, durante noventa minutos, por una furia irracional e incontrolable.

La segunda interpretación es, en cambio, más perniciosa en la medida en que parte de una concepción autoritaria de la política. La forma de gobierno

democrática presupone que todos los ciudadanos con derecho a voto se expresan con la misma legitimidad en las urnas y, por ello, cada voto vale lo mismo, en la medida en que representa una porción ecuánime de soberanía popular. Se puede, sin duda, discernir, discutir y hasta confrontar –dentro de ciertos límites- con quienes tienen preferencias diferentes a las nuestras, pero nunca debería considerarse que el que vota diferente “vota mal”, ya que la democracia es un sistema de representación política que no tiene por objeto garantizar “el mejor gobierno” si no “el gobierno más representativo”. Todo sistema político que intente, por el contrario, garantizar “el mejor gobierno” contrabandea determinados presupuestos por definición autoritarios. Por empezar, se asume la existencia de un “bien objetivo”, que suele estar definido por un sector de la sociedad suficientemente minoritario como para no poder legitimarse mediante elecciones. La aceptación del primer principio lleva también a suponer que una mayoría de la población no es capaz de votar en función de sus verdaderos intereses –es decir, del “bien común objetivo”- y, peor aún, supone también que un sector esclarecido de la sociedad es el depositario natural del gobierno, en la medida en que es el único que conoce lo que es mejor para todos. La preeminencia democrática a lo largo del mundo occidental y el fracaso de los gobiernos totalitarios han demostrado dos cosas: primero, que las castas esclarecidas en general no suelen gobernar a favor del “bien común” que creen poder interpretar, si no en función de su propio bienestar sectorial y, segundo, que suele ser cada quién, en la realización plena de su individualidad, el mejor juez de sus propios intereses.

Por otra parte, y más allá de las interpretaciones que puedan realizarse en torno al tipo de argumento aludido, parece no haber duda de que este constituye una pésima estrategia electoral. El peronismo es, como rezaba el canto de los militantes santafesinos, un movimiento nacional y popular con vocación de mayoría. Toda idea de vanguardia esclarecida no sólo aleja al movimiento de su doctrina y su esencia, si no también de la posibilidad de seguir gobernando. Debe repetirse, en cambio, lo que parece banal de tan

evidente: no es el electorado quien debe interpretar las necesidades de los contendientes electorales, si no al revés.

Camilo José Carballo